

—¡Es tan fea!—dijo Alba.—No me sacrificaré usted á ella...

—Además, tengo una compatriota que se va mañana, y de la que debo despedirme esta noche: la señora de Sauve, con quien me he encontrado en el Museo del Capitolio... No dirá usted que ésta es fea.

—Cierto—dijo Alba, que se había puesto pensativa,—¡es muy bonita!...

Tuvo en los labios una nueva súplica que no formuló. Después dijo:

—Vuelva usted al menos. Prométame usted que volverá después de sus dos visitas. En hora y media puede usted concluir. No será más que media noche, y ya sabe usted que la gente no se va de aquí antes de la una, y á veces á las dos... ¿Volverá usted?

—Si es posible, sí... Pero en todo caso hasta mañana, en el estudio, para ver el retrato.

—Entonces adiós,—dijo la joven con ahogada voz.



IV. COMUN MISERIA

Alba Steno había pronunciado este adiós con un acento tan particular, que también Dorsenne se encontraba conmovido mientras bajaba la escalera, cinco minutos más tarde. Se decía: "Cuidado, Julián. Ella estaba verdaderamente linda esta noche, con sus hombros un poco delgados en su corpiño blanco, con su tez pálida, su boca roja y sus ojos claros. ¡Demasiado bonita y conmovedora! Algunas conversaciones más de este género, y estaríamos cerca de "la tontería."—Esta era su manera poco reverente para designar el matrimonio.—"Y esto no, no. Recordemos la divisa de la sortija." Y oprimió contra su boca el zafiro de un ancho anillo que llevaba en el dedo índice. Había hecho grabar en él las cinco letras. M. H. U. D. P. No eran estas amorosas iniciales, como los celos de Alba hubieran seguramente supuesto, si la pobre niña hubiese podido examinar aquel extraño

talismán del celibato. En uno de los accesos de puerilidad que le agitaban alguna vez, aquel singular artista había querido dar como divisa á su vida una célebre fórmula de la Escritura, aplicada al más inconstante y más sistemático á la vez de los bohemios. "Memoria hospitii unius diei praetereuntis." El recuerdo de un huésped de un día que se marcha: esto es lo que significaba la inscripción de la sortija, y lo que Dorsenne soñaba dejar tras él, en todas las amistades y en todos los amores. El, á quien sus rivales acusaban de fatuo, lo era tan poco, que olvidaba preguntarse al salir de la villa Steno aquella hermosa noche de mayo, qué impresión había causado á Alba. Sin embargo, había hablado de un juego peligroso, y no veía que si él arriesgaba en aquel asunto su independencia de soltero, Alba arriesgaba todo su corazón. Un corazón tan enfermo, que era un crimen divertirse con él. La obra de seducción emprendida con una voluntaria inconsciencia por aquel hombre á la vez insensible y curioso de sentir, estaba ya cumplida. El alma de presa había cogido á la inocente alma, como la araña á una mosca en su tela, donde ésta se agita sin poderla romper. Cuando Dorsenne abandonó el salón, la Condesita sintió una vez más, á pesar de las numerosas personas que le llenaban de movimiento, aquella fría impresión de soledad que tenía siempre entre conversaciones semejantes. Julián era en el mundo el único ser capaz de suspender en ella, durante algunos minutos, por la magia de su presencia, el martirio de la idea fija que la devoraba.

Era hermoso, célebre; tenía el arte de hablarla como si comprendiese sus penas íntimas, sin hacerla

casi ningún daño por un exceso de claridad. Acababa de unir al prestigio de su talento y de su fama, el de un valor romancesco, por su extraordinario duelo con Boleslas Gorka. En fin, y éste era un elemento de interés del que el escritor estaba inocente, la ligereza habitual de su palabra contrastaba demasiado con la patética sutileza de sus libros, para que no diese á la desgraciada niña la idea de que él ocultaba también dolorosos secretos, bajo una máscara de escepticismo. Uno solo de estos motivos hubiera bastado para que otra madre prohibiese en absoluto á su hija toda familiaridad con persona tan capaz de perturbar una imaginación de veinte años. Pero la Condesa no pensaba en ejercer esta vigilancia, y menos aún, por haberse formado, como casi todos los padres, una convicción sobre el carácter de Alba: "El hombre que la entusiasme, decía riendo, no ha nacido aún." La naturaleza de la Condesita era muy diferente de la suya para que comprendiese aquel corazón, tanto menos abierto, cuanto más conmovido estaba, en lugar que la emoción era sinónimo de expansión en la opulenta y espontánea veneciana. Aun aquella misma noche no había notado la abstracción de Alba después que Dorsenne se ausentó, y preciso fué que Hafner se lo hiciese observar. Para el astuto Barón, si el escritor se ocupaba de la joven, era ciertamente con el objeto de conseguir una dote considerable para cualquiera. Los veinticinco mil francos de Julián significaban la independencia; los doscientos cincuenta mil que tendría Alba, á la muerte de su madre, eran la gran fortuna. Así es que Hafner creyó merecer una vez más el título de "viejo amigo,"

llamando aparte á la señora Steno para decirla:

—¿No encuentra usted algo extraordinario en Alba, desde hace algunos días?

—Siempre ha sido lo mismo—respondió la Condesa.—Es la juventud de hoy, que no es nada joven.

—¿No cree usted—insistió el Barón—que existe tal vez otra causa para esa tristeza, algún interés demasiado vivo por alguno, por ejemplo?

—¡Alba!—exclamó la madre.—¿Y por quién?

—Por Dorsenne—respondió Hafner bajando aún más la voz;—hace cinco minutos se ha marchado, y observe usted cómo á ella parece no importarle nada de nadie.

—¡Ah! ¡Mucho me alegraría de ello!—dijo riendo la señora Steno.—Es un guapo mozo, tiene talento, fortuna. Es el sobrino de un héroe, lo que, con mis ideas, equivale á la antigua nobleza. Pero Alba no piensa en él. Estoy segura. Me lo hubiera dicho; todo me lo cuenta. Somos dos amigas, casi dos camaradas, y sabe que la dejaría en libertad. No, no, mi viejo amigo. Conozco á mi hija. Ni Dorsenne ni nadie la interesa, desgraciadamente. Se divertiría, al menos, en vez de que todo la fastidia y la cansa. Algunas veces temo que enferme como su prima Adriana Navajero, á quien tanto se parece. Pero voy á animarla.

—¡Un Dorsenne como yerno!—se dijo Hafner, viendo á la Condesa dirigirse hacia Alba al través de los grupos de sus invitados, y meneó la cabeza, mirando con satisfacción á su futuro yerno.—He aquí lo que es no seguir de cerca á los jóvenes. Se llega á creer que se les conoce hasta que alguna locura nos

abre los ojos... ¡y es demasiado tarde! En fin, yo la he advertido, y éste no es asunto mío.

Aquel profundo observador no sospechaba, mientras acariciaba con complaciente mirada el grupo formado por Pepino Ardea y Fanny, que él mismo no conocía más á aquella hija de la que había hecho la prometida de un Príncipe romano, para el mayor triunfo de sus ambiciones mundanas. De los hombres y las mujeres reunidos en el salón y en la terraza, incluso la penetrante Lidia Maitland, en busca de una nueva venganza, Alba era la única que sospechaba la verdad. No se había engañado creyendo notar un principio de desilusión en su joven amiga, á la que, desde la partida de Maud, se unía más estrechamente por la tierna simpatía de una cruel identidad de destinos, y había tenido razón al juzgar que la conversación del Príncipe disgustaba á Fanny aquella noche. Esta conversación no era, sin embargo, más que una inocente serie de bromas sobre el Soberano Pontífice, cosa frecuente en Roma todos los días, y entre la gente de sotana más que entre otros. Alba pudo convencerse de ello cuando, advertida por su madre, se aproximó á la pareja para desempeñar su oficio de hija de la casa. Ardea se divertía, á pesar de la creciente contrariedad de Fanny, en referirle anécdotas más ó menos exactas sobre el interior del Vaticano, procurando de este modo rebajar un poco una exaltación extática que ya advertía. Su sentimiento del ridículo y el de su interés social, hacíanle comprender lo absurdo que sería volver á plena sociedad clerical, después de haberse casado con una millonaria convertida la víspera. Para ser justos, conviene

añadir que el champagne seco de la Condesa no era en absoluto extraño á la obstinación con que mortificaba á su novia sobre su inocencia religiosa. No era la vez primera que había experimentado aquella medio borrachera, uno de los menores pecados de su juventud, menos raro en los países cálidos que lo que la modestia del Norte se imagina.

—Llega usted á tiempo, Condesita.—dijo cuando la señorita Steno se sentó junto á ellös en el sofá.—Su amiga de usted está completamente escandalizada de una historieta que acabo de contarla: la del guarda noble que utilizaba el teléfono del Vaticano, este invierno, para dar citas á la Julia Rezzonico, sin despertar los celos de Ugolino... Pero esto aún no es nada. Fanny se ha incomodado porque la he dicho que el Santo Padre repetía sus bendiciones en la capilla Sixtina, completamente vacía, con un maestro de canto, como una prima donna.

—Ya le he dicho á usted que no me agradan esas bromas —dijo Fanny con visible irritación, que su paciencia dominaba sin embargo.—Si quiere usted continuarlas, me iré, y le dejaré á usted hablar con Alba.

—Puesto que ve usted que eso la mortifica.—dijo la última al Príncipe,—hable usted de otra cosa.

—¡Ah, Condesita!—respondió Pepino, moviendo la cabeza.—¡Ya la defiende usted! ¡Qué será más tarde! Pues bien: pido perdón de mis inocentes epigramas sobre Su Santidad en bata.

Y continuó, riendo:

—Es una lástima, pues quedaban algunos detalles alegres, principalmente la historia de un arca llena

de monedas de oro, que un fiel había legado al Papa. Estaba en disposición de contarlas, cuando el arca resbaló, y he aquí en tierra el tesoro, y al Papa y al Cardenal en cuatro pies, corriendo tras los napoleo-



nes, cuando entró un criado. ¡Buen cuadro! Le juro á usted que el otro, el buen Pío Nono, era el primero en reírse con nosotros de todas estas cosas del Vaticano. Este no es tan "alla mano." Pero es un santo.

No crea usted que no le hago justicia. Solamente que este santo es un hombre, y un hombre viejo. He aquí lo que usted no quiere comprender.

—¿Dónde vas?—dijo Alba á Fanny, que se había levantado, como dijo á Ardea.

—A hablar con mi padre, al que tengo que decir dos palabras.

—Le había prevenido á usted que cambiase de conversación,—le dijo Alba cuando el Príncipe y ella estuvieron solos.

Ardea, un poco avergonzado, se encogió de hombros, y dijo riendo:

—Confiese usted que la situación es bastante crítica, Condesita. Ya verá usted cómo ella quiere que vaya al Quirinal. No faltaba más sino que el padre descubriese también en sí escrúpulos religiosos, que le impidiesen saludar al Rey. Pero es preciso apaciguar á Fanny.

—¡Dios mío!—se dijo Alba, viendo que el joven se levantaba.—¡Creo que está un poco borracho! ¡Qué pena!

Aunque no hubiese bebido algunas copas de más de un "Extra dry monopole" de renombrada marca, el heredero del sucesor de Sixto V no hubiera tomado en serio la indignación católica de su prometida. Sin conocer el maquiavélico plan por el que el señor Hafner se había servido de Noe Ancona, uno de los peores agentes de negocios de Roma, para llegar á aquel matrimonio, no se hacía ilusión alguna sobre el carácter mercantil de aquella alianza. Añadamos en descargo ó para condenación de aquel escéptico, que esto era cuestión de punto de vista, al que no se

atribuía ninguna importancia. Si por instinto estaba orgulloso de su nombre, tenía bastante sentido práctico para comprender que la nobleza sin privilegios, tiene un valor muy dudoso, y tenía el sentimiento de que en aquel negocio de su matrimonio era él quien juraba el papel de explotador frente al financiero.

El evidente respeto de que Hafner rodeaba el blason de los Castagna, parecía excelente comedia al descendiente de aquella noble familia, y el esnobismo clerical de la neófita Fanny acababa de ponerle alegre. Tal vez había en él algo de ese particular orgullo nobiliario que se manifiesta de mil maneras, una de las cuales es el menosprecio del gran señor, por una distinción puramente nominal que causa asombro en él. Seguramente el Príncipe veía la verdad en lo que al Barón se refería; pero se engañaba respecto a Fanny. Pero ¿dónde podía él haber recogido datos para comprender bien la naturaleza de la joven y su historia religiosa, que vale la pena de ser contada, al menos á grandes rasgos, aunque no estuviera ligada de una manera estrecha al desenlace del drama encerrado en el corazón de la pobre Alba? ¿No es una conversión sincera el más apasionado de los problemas morales? Además, ni la escena de aquella noche, ni las que seguirán, serían inteligibles sin este corto análisis, que un romano como Ardea, era más que ninguno otro incapaz de sospechar solamente. La cuestión religiosa había siempre estado mezclada para él con los negocios locales y la política diaria del país. No hubiera dejado, pasando ante los confesionarios de San Pedro, de arrodillarse, para tender su cabeza á uno de los sacerdotes y recibir con un golpe